

La chica de mis sueños

Mauricio Ceballos Montoya

Abogado, Comunicador Social-Periodista. Amante de los animales, los libros y la música. Es columnista habitual de laorejaroja.com. Es el director de la emisora digital La Zona Gris. Creador del colectivo narrativo Bitácora de Relatos, mauroceballo12@gmail.com

Quizá esto sea una locura. O quizá sea solo como la vida, una gran metáfora. Pero lo cierto es que trataré de contarle todo como en una crónica. Así sea con el único objetivo de expiar mis culpas y acallar mis recuerdos.

Los sueños empezaron cuando cursaba séptimo semestre. Así, de un momento a otro, comenzamos a vernos siempre en mis sueños. Y era muy curioso porque empecé a verla de una forma recurrente, hasta 3 o 4 veces por semana. Al principio no le puse mucha atención a esos sueños. A ratos ni me acordaba de lo soñado. Pero hubo uno en especial, en el que ya, definitivamente, no pude ignorarlo más.

En el sueño una persona nos presentaba y yo le decía que ya la había visto antes, quizá en otro sueño. Reímos y, acto seguido, nos fuimos a comer un helado. Me dijo que se llamaba Giselle y que estaba en nuestro país, realizando una pasantía, pues era del Estado de Jalisco, en México. Larga fue mi charla con aquella joven mexicana que además de ser simpática, era sexi y muy agradable a la vista.

Al día siguiente de lo soñado, no podía apartarla de mi mente. Llegué a estar tan obsesionado, que la buscaba con la mirada entre las chicas de mi semestre, pero nada. Giselle se negaba a aparecer en mi vela. Pero a la noche siguiente, se dejó ver en mi sueño. Yo, intenso como era, aproveché para preguntarle más datos de su vida. Como por ejemplo, ¿Dónde hacía su pasantía y en qué? ¿Cuál era su teléfono? Y demás cosas para que cuando estuviera despierto la pudiera buscar. Me dijo que era estudiante de medicina y me mencionó el hospital donde estaba haciendo sus pasantías. Me dejó, además, su número de móvil, que yo prestamente anoté en una libreta. Pero como fue en un sueño,

obviamente el número anotado no apareció por ningún lado al día siguiente.

Como un loco me dirigí al hospital donde sabía podría encontrarla, pero por más que busqué, nadie me pudo dar razón de la chica. Además, después de un rato, la búsqueda me pareció absurda, pues era en mis sueños donde aparecía y, por tanto, nada tenía que ver con la realidad. Días más tarde, soñé que iba y la buscaba a dicho hospital y ¡bingo! Ahí sí la encontré. Me dijo sus horarios y hasta quedamos de vernos un fin de semana. La situación, aunque descabellada, me estaba pareciendo interesante, pues nunca había anhelado tanto dormir como en esa época. Y así seguimos encontrándonos en los sueños. Cada día compartíamos más y yo ya me estaba obsesionando con aquella bella joven. Llegó a tal extremo la cosa, que un día me acosté con un ataque muy fuerte de migraña y ella en el sueño me dio una pequeña receta que, naturalmente, me sirvió. No me atrevía a contarle a nadie de mis experiencias oníricas, pues me tomarían por un chalado. Pero ello no impidió que continuaran ocurriendo; meses más tarde nos hicimos novios. Yo trataba de memorizar los lugares en los que compartía con ella para después, despierto, ir a buscarla allí, pero nada. Definitivamente hacía parte de mi imaginación. Y esto me daba tristeza porque era verdad, ya me estaba enamorando de aquella chica que, literalmente, era la chica de mis sueños.

De esta situación le hablé a mi mejor amigo, quien con su practicidad habitual me dijo que era mejor así, ya que todo lo que me imaginara podía suceder, pues era un sueño. Así, por ejemplo, si nos queríamos ir de paseo a su tierra natal, ¡zas! Con solo pensarlo, ¡ocurriría!

No lo había pensado de ese modo, pero al hacerlo me tranquilicé, pues mi amigo, como siempre, tenía razón. Un día me dijo que definitivamente quería quedarse acá en el país, pues se sentía muy enamorada y no quería volver a México. ¿Y tus estudios? Le dije muy asustado. Me dijo que ya había hablado con las autoridades académicas de la universidad en Guadalajara, que lo único que le faltaba era mi aprobación. Todo esto en el sueño me parecía bastante lógico y, conmovido, le dije que si era por mí, podía quedarse a mi lado, pues yo estaba igualmente enamorado.

A la mañana siguiente, ya pensando en lo soñado, razoné en lo absurdo del cuento, pues no existía y partiendo de esa premisa podía ir o quedarse indistintamente. Y así se lo manifesté a la noche siguiente. Confundida me dijo que no me entendía ¿Que esto es un sueño dices? Sí, repliqué. Esto es un sueño que yo estoy soñando. Tú no eres real. Llorosa se alejó unos pasos. Entonces, si esto es un sueño, ¿cómo explicas que esté aquí en Colombia y trabajando en ese hospital?

No. Todo es mi imaginación. Le respondí con todo el aplomo del que fui capaz. Pero al ver que ella no se lo tomaba bien, me desdije y le propuse que olvidara ese comentario. ¡Hagamos como si nada hubiera pasado! Contenta, aceptó mi propuesta y a los 5 minutos ya nos andábamos riendo de cualquier ocurrencia.

Y así pasaron más de 3 años en los que en la vida real estaba más solo que un champiñón, pero mientras estuviese dormido tenía una linda novia que me contaba su día a día en el hospital, las relaciones con sus compañeros, los casos médicos que tenía a su cargo y todas esas rutinas que tienen todos aquellos que hacen parte de un trabajo tan intenso como lo es el del personal de la salud. Yo a mi vez, le contaba sobre cómo iba terminando mis estudios en ingeniería. De hecho, el día de mi graduación, anhelé que ella estuviera allí. Naturalmente, no estuvo. Pero en la noche, viví nuevamente la ceremonia de graduación, pero esta vez sí estaba con ella. Y así me la pasaba viviendo los grandes acontecimientos de mi vida, de manera doble. Una vez en la realidad y otra en mis sueños donde siempre estaba Giselle.

Tiempo después, se me ocurrió proponerle matrimonio. Encantada aceptó, aunque solo me planteó un interrogante: ¿pero, dónde vamos a vivir?, ¡recuerda que yo pago arriendo en este cuchitril

cerca del hospital! Le dije que viviríamos en mi casa, que yo ya había hablado con mis padres y estaban de acuerdo. Esto sería temporal, mientras conseguía un empleo decente. Al mes siguiente, ya era casado en una ceremonia eclesíastica con mucha elegancia. En el sueño pude conocer a sus padres que vinieron desde México junto con su hermana mayor que vivía en Tenochtitlán.

Lo mejor de todo era que despierto no asumía ningún compromiso y mucho menos el de vivir con alguien más. Pero cada noche, llevaba una vida como cualquier recién casado. Hacíamos el amor, reíamos, ajustábamos la convivencia y todo lo que un matrimonio joven asume en el día a día.

Y aquí, a punto de ejecutar la decisión que ya tomé, reconozco que el habérmelo tomado como un juego, fue quizá mi peor error. Y es que jugué duro. Quise salir con mujeres reales, pero era como si Giselle se diera cuenta de todo, pues inmediatamente en mis sueños, no solo me reñía sino que sufría con mis infidelidades. Por eso opté por no volver a involucrarme con nadie. La vida de casado también empezó a agotarme, pues en los sueños terminaba tan cansado, que al día siguiente me levantaba sin fuerzas para ir a trabajar.

Cinco años después, Giselle enfermó. De pronto, se empezó a sentir mal y luego de un diagnóstico hecho por una colega en el hospital donde trabajaba, se concluyó que tenía un cáncer muy agresivo en el páncreas. Su salud se deterioró rápidamente y como su marido, fui testigo de su decaída, a pesar de los esfuerzos que amigos y colegas hacían. Yo no podía estar más angustiado. Ya en la vida real, en mi trabajo, con mis amigos o en mi casa, no podía dejar de pensar en ella. Y un día ocurrió lo que me temía. Giselle murió. Mi mejor amigo, otra vez con su pragmatismo, me consolaba diciendo que era solo un sueño y que por ende, nada había pasado. Pero a esa altura de mi vida, yo ya no sabía si lo que vivía despierto era lo real, o si lo que vivía con Giselle no lo era.

Otra vez vinieron sus padres y su hermana por aquel cuerpo que tanto amé. Y sí, me quedé solo, pero más enamorado que nunca. Pasé a ser viudo a mis 26 años. Estuve en terapia psicológica porque, como dije, ya no era capaz de distinguir lo real de lo onírico. Después de tantas terapias, he llegado a la conclusión de que sin ella no puedo vivir. Esa es la gran verdad y por eso hoy, antes de

quitarme la vida, dejo esto por escrito, para que por lo menos, se piense en que, como lo dije al principio, la vida en sí misma es una metáfora. Tal vez yo no viví. Tal vez solo fui un sueño de alguien y, por ello, me encontré con mi Giselle en un sueño. O tal vez, sí soy real y Giselle también. No lo sé. El caso es que hasta aquí llego yo. Me voy, porque sé que mi esposa me espera en esa dimensión donde no hay hambre ni enfermedad. Me voy para encontrarme, por fin, con la chica de mis sueños en una sola verdad. Me voy para que los recuerdos se fusionen con mis sueños y seamos uno en el eterno presente. 📖

